

Un fragmento de este oficio y un poema

por Micaela Szyniak

22

Mientras escribo el prólogo me junto con mi amigo Pato Foglia, un poeta porteño que en su momento me ayudó a insertarme. Me hizo de contacto para publicar mi libro anterior con la editorial que lo publicaba a él, me puso a coordinar equipos de un festival de poesía internacional. Le cuento a Pato sobre los proyectos, el poemario rechazado por Gog y Magog.

Estamos también en un café. Mi amigo, como todo buen político, siempre sabe decir algo que le dé sentido a ser poetas. Algo que nos sitúe en una coordenada. Que es un favor ese rechazo y que necesito dejar reposar ese libro, aunque sea algunos meses. Tengo que preguntarme seriamente por qué quiero publicar con tanta urgencia. Tendría que empezar a responder por el principio de este prólogo: en una vida hay momentos que no avanzan. Tengo muy presente, últimamente, un sintagma, una idea: vidas truncas. Serían las vidas torcidas, débiles de una generación. Vidas que no llegan a destino. La fantasía de que una legitimidad exterior podía calmar ese sintagma ardiendo. Pero qué podría calmar publicar un libro de poesía. Qué cosa podría calmar en este mundo un libro de poesía más, en un stand más, en un centro cultural más, con unos versos más.

★

Nunca me interesó acercarme al horizonte, pero sí quería estar cerca de la estufa

no te acerques tanto me decía mi mamá o era mi papá
que volvían de trabajar para la cena, cenábamos en una
mesa octogonal

teníamos un living en que lamíamos las puntas de los
icebergs

una televisión que se podía mirar solo dos horas
con un buzo gris canguro, con la mano en el bolsillo
aprendí a cortar los tiempos a sumar y a dividir

Vivíamos en una casa grande en que mi padre construyó
un cuarto en la terraza para no enloquecer

un cuarto azul en la terraza, un cuarto propio

y dijo “aquí pondré mi estudio”,

entonces me enseñó a hacer un fuerte, rodear de libros
las paredes

Vivíamos en una casa amarilla grafiteada

un día él los encontró con aerosoles en las manos

¿Quieren que llame a la policía? Así los ahuyentó

como mi madre me ahuyentaba “¿quieres que llame a tu
papá?”

“voy a llamar a tu papá”

Sé que ella quería decirme: hay un orden por encima
pero también decía algo por lo bajo

decía que un padre no es fácil de tener

Vivíamos en una casa en una esquina, primero se fue mi
hermana mayor

a ser exitosa en el reino de los novios y la ciencia

A los que siempre tuvo, novios locos, novios buenos,
compañeros de control,
máquinas de devorarla, novios antropólogos,
con los que compartió el agujero negro
novios padres de sus hijos
Vivíamos en una casa hipotecada, en una apuesta que
había que ganar
y yo tenía dos colitas, un uniforme amarillo de dibujos
animados
un pájaro amarillo
Yo me arrastraba por los bordes de una habitación
yo me arrastraba tras las rejas gritando “déjenme salir”
aunque la puerta estaba abierta
las palabras de mis padres, más fuertes que una llave
mientras la familia cenaba en una mesa octogonal
Una vez él me dijo “cuando uno pierde tres veces
tiene que irse del casino”
Pero yo vi cómo apostaron por esa pareja de viento
cómo se aplastaron tras paredes amarillas
Él cuenta que yo le pedía siempre otra paradoja
quién corta la barba del barbero
quién da su vida por tener donde vivir
Teníamos una pileta de plástico
dos hermanas nadábamos en círculos
antiparras, aunque el agua apenas nos cubriera las cin-
turas
un jardín que crecía en los canteros
Vivíamos en una casa que mi madre odiaba por enorme,
que mi padre odiaba por repleta

ningún cuarto es suficiente cuando un hombre quiere
soledad

pero en vez tiene familia,
cuando un hombre quiere una familia, pero en vez tiene
soledad

Ese es mi padre, hacía asado los domingos
me cantó en ídish cuando nací
una enfermera me puso en sus brazos
y él me dijo que estábamos en Argentina
ahora mismo es que le escribo “¿cómo había sido que
nací?”

Teníamos una casa más abajo que la tierra
un sótano marrón al que llegar, escalera que se abre
Quedamos dos hermanas en un cuarto con estantes
ella, mayor que yo, traía un miedo sin final
entonces aprendí a compartir la luz prendida
no podía ir peleada hacia los sueños “los hermanos sean
unidos

esa es la ley” tres hermanas, tres fantasmas deambulando
por la casa

unidas por la ley. A veces siento que todavía estoy en ese
cuarto

son los pasos de mi madre
que se acerca a espiar si el orden de los astros sigue cum-
pliéndose esta noche

Antes de escribir poemas
cuenta mi padre yo pedía “decime otra policía”
hay un desacierto, un orden imposible, una sílaba dis-
tinta

en el origen de la palabra poesía hay un padre que se ríe
del lenguaje

una madre que me trae un refrán nuevo “siempre que
llovió”

mi padre prende el fuego en un patio hipotecado y yo
me siento a hacerle compañía

plástico blanco bajo el atardecer

él quiere contarme otro fallido, “eran las once y diez de
la mañana”.